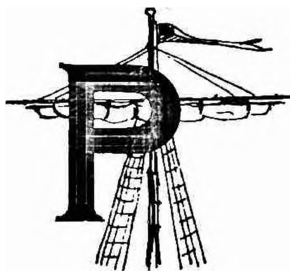


CARRILLO ASCENDIDO

Por
Pierre CHILI



OSIBLEMENTE exista una sola comparación que se aproxime al regocijo que experimenta un guardiamarina de 2^a clase al abandonar para siempre su corta chaquetilla que no alcanzaba a taparle el rabo y al reemplazarla por una levita larga. Y tal comparación es la del parecido regocijo que antiguamente debiera experimentar una doncella tierna cuando por primera vez se alargaba las faldas, se recogía las trenzas de colegiala y se hacía su primer moño, transformándose de crisálida en niña casadera.

Dentro de Carrillo, y bajo su levita, repiqueteaban a gloria todas las campanas de oro de las satisfacciones colmadas.

Su buen trabajo que le había costado su derecho a levita. Exámenes y más exámenes... Carrillito, durante ellos y semanas antes, había vivido horas de zozobras, sintiéndose permanentemente como si se hallara bajo la acción cosquilleante del aceite de ricino.

En la puerta de la sala de los exámenes aguardaba su turno, libro en mano, relejendo páginas y números que se le escapaban. Por la puerta afloraban aromas de humos de buenos cigarros que lo angustiaban. Escuchaba rumores de voces en la sala, preguntas solemnes,

contestaciones apagadas, seguidas de silencios trágicos; y, al final, el golpetear de unas fichitas de hueso sobre el fondo de madera del copón que manos turbadas extendían a los examinadores implacables. Era la votación: la sentencia de vida o muerte. Y veía salir a su compañero, ya alegre o sofocado, o ya con cara de funerales.

¡Guardiamarina Carrillo!

Entraba con los garbos de un toreador afamado, seguro de "matar" al bicho a la primera estocada; pero su procesión iba con él por dentro, pues experimentaba cobardes deseos de arrancar. Tres o cuatro adustos jefes de Marina, engalonados hasta los codos y apoltronados tras una mesa, semejabán iracundos jueces de campo.

¡A la pizarra! ...

Carrillito temblequeaba, mientras adoptaba una seguridad desafiante; y, en medio de sustos que le reseaban la lengua, pasó sus exámenes de navegación, de hidrografía, de artillería, de torpedos, de meteorología náutica, de maniobras de buques y faenas marineras, de señales, ordenanzas y de máquinas y calderas.

Al final de varios días de intranquilidades, había triunfado; no así su amigo "el Macho Quiroga", a quien lo habían "partido" en maniobras, al preguntarle un examinador la maniobra de "hombre al agua", navegando con alas y

rastreras, a todo aparejo desplegado, con viento a un descuartelar y con el timón descompuesto. Por tal causa el desgraciado Quiroga se vería obligado a seguir usando por un medio año más, por lo menos, su corta chaquetilla de guardiamarina de 2.ª, mientras que Carrillo, muy ufano, se vestiría con su levita larga.

En el "sollado" de popa se vestía Carrillo, ante los tristes ojos de Quiroga. La noble levita se le ajustaba al cuerpo sin una arruga; los largos faldones caíanle elegantes y en pliegues armoniosos hasta "dos dedos" más abajo de las rodillas, conforme a las disposiciones reglamentarias. Petronio, el árbitro de los elegantes, resultaba un mapuche con chupalla y poncho junto al satisfecho muchacho que disimuladamente convertía en espejos a los brillantes bronces del buque en los cuales se miraba de pasada. Iría a tierra a ver a su octava novia, dispuesto a deslumbrarla.

—Con su permiso para bajar a tierra, señor comandante.

Rompeacero lo miró turbio al verlo tan ajustado de talle. Con cortantes palabras le dijo al muchacho:

—Muy bien, señor. Ha ascendido Ud., y viste su primera levita de oficial, lo que le impone obligaciones y responsabilidades nuevas. Ya no es un niño, sino un oficial cuyo comportamiento a bordo y en tierra debe corresponder a su actual grado; debe ser severo en sus costumbres y enérgico en el mando. Hemos terminado...

—Perfectamente, señor comandante. Le agradezco...

—¡No me agradezca nada! ¡Le repito que hemos terminado!

Carrillito salió a cubierta para embarcarse en el bote destinado a los francos. Erguido, le hizo la venia al oficial de guardia, y descendió por la escala real, paso a paso, pensativamente, tal como lo hacía Rompeacero cada vez que se

embarcaba. Recordaba la recomendación del comandante: severo en sus costumbres y enérgico en el mando. Ya no era un guardiamarina de 2.ª clase, sino que un oficial formado y con derecho a levita larga.

En el mismo bote se había embarcado el Macho Quiroga, con su chaquetilla corta. Carrillo había tomado asiento y meditaba abstraído.

—Oye, Carrillito le dijo su compañero Quiroga-, esta noche remojaremos en tierra la levita con una "guatona" de la viuda de Clicot.

Carrillo lo miró cejijunto, y, señalándole su galón en la bocamanga, le contestó en forma contundente:

—Vea, señor guardiamarina de 2.ª clase: sus palabras no corresponden al respeto que un subalterno debe a sus jefes; ya no soy Carrillito; soy un guardiamarina de 1.ª clase.

Quiroga pensó que su amigo se chanceaba; pero luego cambió de opinión al oír que este continuaba amonestándolo y muy en serio:

—Vea, señor guardiamarina de 2.ª clase; sería conveniente que antes de bajar a tierra se viera con la plancha del sastre y con las tijeras de la peluquería. Un subalterno debe dar constante ejemplo a la tripulación con su tenida y con su persona aseada.

Quiroga no toleró más, y le contestó airado a su jefe:

—Señor guardiamarina de 1.ª clase: si es de tal clase, debe comportarse como un caballero de primera, y hacerme el favor de pagarme los quince pesos que me debe desde el mes pasado.

Carrillo se tornó en Rompeacero. Lo abarcó de una mirada, y cortantemente le dijo estas palabras:

—Señor guardiamarina de 2.ª: ¡hemos terminado!

(De "Mar y Tierra Nuestra"
publicado en 1935).

